

Creemos que cualquier técnica no debe ser más que la expresión de un contenido ideal, que la externa forma literaria poética, por ejemplo, si no surge de un contenido de veras poético, de una verdadera creación, vale menos que nada. Las «técnicas» parecen despreciables y el medio «virtuoso» lo más contrario al verdadero artista que puede darse. Por eso hemos dicho muchas veces que hay una quisquosa que llamamos literatismo o literatura, y que sólo a los profesionales de las letras importa e interesa, que es el despojo muerto de la literatura viva. Y hay también otro despojo muerto, otra escurraja pocha, que llamamos politiquería.

Tanto como la política, la verdadera política, el ejercicio de la civilidad nos interesa, vivimos execrando la mera técnica del profesionalismo político, la de los políticos de oficio que carecen de ideal civil. Los cabildos en los pasillos de las Cámaras, los conciliábulos, las conjuras tras de las puertas, la permanente latencia de las crisis ministeriales, los dimes y diretes, los dares y tomares, el tira y afloja de lo que en sentido estricto y profesional se llama política parecen algo execrable.

Aunque el Catecismo de la doctrina cristiana que nos enseñaron a recitar de coro en la primera escuela enseñaba bien claro que la Iglesia es la congregación de los fieles cuya cabeza es el Papa, se persiste en entender por Iglesia no más que al clero, los que viven del sacerdocio, y de aquí el clericalismo con su anti correspondiente. Aunque el ejército sea, en rigor, todo el pueblo en armas, entiéndese por él la oficialidad, los que viven de la milicia, y de aquí el militarismo y su anti. Por el mismo proceso llegarán nuestros hijos a conocer el pedagógico y el anti-pedagógico. Y conocemos ya el politicismo y el antipoliticismo.

El antipoliticismo, el odio o el desprecio a la política, es natural en un pueblo no político, no civil—es decir, incivil, y en tal sentido incivilizado—, que carece de conciencia civil pública, de civilidad consciente, o donde la poca que haya en vez de ser estimulada, suele ser deprimida por una vergonzosa técnica electoral. Las elecciones las hacen los profesionales de la carrera política con sus servidores; el pueblo deja hacer.

Ahora aparece nuestro Parlamento dirigido, en realidad, por la minoría catalana. Y es ello muy natural. Cataluña es hoy la región de España en que se nota alguna mayor civilidad, en que el pueblo toma más parte en los comicios y más de verdad, la región a que menos llega el encasillado. Así los diputados catalanes representan algo. Y al fin y al cabo impónese siempre la calidad, sea cuanta fuere la cantidad

que se le enfrente. No es verdad que votos son triunfos.

¿Qué valor va a tener, pongamos por caso, el voto de aquel senador ministerial de quien en este mismo diario se dijo que al felicitarle otro por la habilidad y elocuencia con que había contestado a un ex ministro conservador, dijo: «Pero lo más triste de esto es que mi contrincante llevaba toda la razón»? Nos da lástima de este pobre senador ministerial, caído por una ab-

yecta y antipatriótica concepción de la disciplina política, en el bochornoso oficio de abogado de malas causas; pero nos da más lástima del país donde tales senadores caben. La más triste degradación a que puede caer un representante en Cortes del pueblo es a defender lo que sabe que no es lo más justo, ni lo mejor para defender su acta, que a esto se reduce lo que llaman, con evidente y baja hipocresía, disciplina de partido; y el más depresivo estado a que puede rodar un pueblo es a tener que soportar tales sedicentes representantes de él. Y todo ello no es más que huero virtuosismo, tecnicería de profesionales de la carrera política, es decir, de los que viven de la política en vez de vivir para la civilidad, de los que en ella buscan o pan o vanidad.

Claro que toda acción política, y más si es parlamentaria, exige su técnica especial y la emplean esos representantes del pueblo catalán a que aludíamos y algunos otros verdaderos representantes de otros verdaderos pueblos de España; pero esa técnica tiene que ser expresión de un contenido ideal. ¿Y qué otro contenido ideal pueden oponer a ese los que nunca se preocuparon más que de hacer y preparar elecciones, y, a lo sumo, de repartir favores para asegurarse el acta? Porque no ya el colocar a amigos, mas ni aun el conseguir carreteras y puentes, y pantanos y cuarteles, o lo que sea, para el distrito es verdadera política, es civilidad. Esta consiste más bien en poner a los pueblos en condiciones de que sepan y puedan bastarse para ello.

¿Qué fuerza pueden oponer nuestros dos principales partidos políticos de carrera, los de los dos cancilleres de turno, a la fuerza de los representantes de los pueblos? Siete distritos electorales tiene esta provincia de Salamanca, que es la que por vivir en ella hace más de veinticinco años conocemos menos mal, y los siete diputados son ministeriales, contando como tales a los que figuran en el partido del Dato ese. Y podemos asegurar que ninguno de ellos representa una verdadera opinión, por la razón sencillísima de que no hay opinión política, de que no hay civilidad, de que no hay conciencia civil en esta provincia de Salamanca, salvo grupos muy restringidos de ciudadanos. Y hay distritos en



ella en que, en caso de votarse—que ni se da este caso, ¿para qué?—, arrojan con sus votos a los ciudadanos conscientes, los desgraciados siervos de la gleba, los pobres vecinos de esos pueblos de señorío—vergüenza y escarnio de una nación que se cree civilizada—que tienen que votar a quien les manda el amo, que encima obliga a emigrar a sus hijos y despuebla de hombres la tierra para sustituirlos con ovejas, con toros o con cerdos. Y menos mal cuando se les compra el voto, que es algo al fin y al cabo, y acaso principio de regeneración futura la libertad de vender el voto. Lo peor es el que no puede ni venderlo, porque le tienen a él, al elector, comprado de por vida.

Y así es claro que esos partidos electoreros, de encasillado, en el fondo de Real orden, esos partidos a que arrastran, no dirigen, y arrastran por el sentimiento de complicidad en la fic-

ción representativa, los dos cancilleres de turno, no pueden oponer nada, absolutamente nada eficaz a los representantes del pueblo, a los verdaderos representantes del verdadero pueblo, que dentro de la legalidad resultan ser, aunque se digan republicanos o antidinásticos de otra clase, la verdadera oposición de S. M., de la verdadera Majestad.

Y así no nos extrañan las vageñades, las fluctuaciones, las debilidades y habilidades débiles, las componendas, las defecciones a los principios del canciller ahora en turno a quien no elevó a su puesto opinión pública alguna consciente—que le es, en su casi totalidad, adversa—ni siquiera la del menguado y lamentable partido a cuya precaria jefatura trepó por tristes artes de engaño de todos conocidas.

¿Es que no hay opinión pública civil en España? Sí, aunque incipiente y pequeña, la hay. Negarlo sería calumniar a la patria. Con su evidente progreso en el orden material, en lo económico, en industria, en comercio, en artes, en bienestar, empieza a apuntar, aunque debilísimamente, una más fuerte civilidad. En Cataluña y en Vasconia, sobre todo. Y en algunas, muy pocas, grandes ciudades, y en tal cual rincón que no quiere perderse. Pero esta opinión, lejos de ser estimulada, es perseguida por el Poder, donde y cuando y como pueda perseguirla. Las viejas organizaciones electorales de los profesionales de la carrera política acuden con sus artes a sofocar todo alzamiento de la milicia de la civilidad. Los más de los pueblos españoles dan actas en blanco, que llenan los delegados del Gobierno del canciller en turno. En pocos sitios, como sucedió en Burgos, se retiran ante un pueblo que quiere hacer valer su libertad civil.

Y así, claro está, no cabe que sea el pueblo, el verdadero pueblo, el pueblo soberano, el verdadero soberano, Su Majestad el Pueblo, por cuya voluntad y gracia es Majestad la Majestad del Rey, quien se dé a sí mismo las leyes, y como no es él quien, por genui-

nos representantes propios, se legisla, de aquí la confusión, el barullo, la incertidumbre, la debilidad de la obra legislativa. ¿Cómo va a legislar esa mesnada de políticos de carrera cuya principal y casi única preocupación es retener el acta y ser reelegidos, que, llamándose liberales, ni saben lo que es liberalismo, ni siquiera lo que es libertad? ¿Cómo va a legislar una hueste en que hay reclutas que creen que aquel con quien les obligan a contender es el que lleva la razón?

La disciplina política, la buena disciplina, la democrática, va de abajo arriba. En un buen partido la opinión se hace abajo, en la masa de él. ¿Pero es que opinan algo los más de nuestros ministeriales de uno o de otro partido cancillerescamente turnantes?

Es cosa triste. El anterior Gobierno datista subió porque el romanonista que le precedió no quería cargar más con la responsabilidad de gobernar, y este Gobierno subió porque el datista tenía miedo al Poder, y cada uno de ellos hace como que gobierna, porque el otro no lo quiere. Es el miedo al Poder lo que les mantiene presos de él. ¿Cabría esto en un país de opinión, de conciencia pública, de civilidad dominantes? No, no cabría tal cosa donde la milicia de la opinión pública, fuere la que fuere, dominara a la inconsciencia de los siervos apacentados y esquilados por los profesionales de la política hecha carrera. Y como la milicia de la civilidad no domina a la servidumbre electoral, todos huyen, en momentos graves como los actuales, del Poder, y tiene que aceptarlo el que para escalarlo vendió su conciencia civil, si la tenía, o se valió de la docilidad que presta el no tenerla. De aquí el turno de las cancellerías y de esto la lamentable confusión política presente.

Y para terminar por hoy este comentario: ¿Por qué se llama nacional a todo proyecto de Gobierno de opinión? ¿Es acaso porque los otros, los de los cancilleres, no son nacionales? Y si no son así, son antinacionales.

Miguel de Unamuno.

